

# Parroquia del Santísimo Redentor

---

DOMINGO DE RAMOS

**DESCENDIMIENTO**

El pórtico a la Semana Santa es, litúrgicamente, la entrada de Jesús y sus discípulos en Jerusalén. La celebración de este domingo consta de dos partes expresadas en la procesión de ramos con su Hosanna, y en la proclamación de la Pasión del Señor. El Hosanna se convertirá en Aleluya la noche de Pascua. Hosanna y Aleluya, el paréntesis que abraza toda la humanidad de esta semana. La victoria y el fracaso en una misma celebración. Síntesis de lo que vamos a vivir. La muerte de Jesús como consecuencia de su vida y el triunfo de la vida en quien muere por amor.

Para nuestra contemplación se presenta **EL DESCENDIMIENTO**, de **Rogier Van der WEYDEN** (1400-1464). Cuadro con el que cerramos esta cuaresma, en agradecimiento de la Parroquia al Museo del Prado. Contemplando esta pintura la poetisa cacereña Ada Salas escribió un verso bellísimo: “Que lo vivo aflore entre lo muerto”... “Quién se atreve a decir que todo está cumplido”.

El autor nos presenta a un Jesús joven. Su cuerpo sólo tiene las heridas de la crucifixión. Cuerpo traspasado por la luz y la sangre, de una belleza única. No aparecen las huellas de la flagelación. “De la herida que tiene en el costado mana sangre, que se está coagulando, y agua como dice san Juan en 19,34. Vemos con claridad la sangre que fluye por debajo del paño y que no obstante no llega a mancharlo. Lenguaje, belleza de esta impresionante pintura que nos pone ante la dura realidad celebrativa de la semana que abrimos con los Ramos. Dolor que están viviendo tantas familias en casa y en los hospitales improvisados o permanentes.

Imposible entrar en todo lo que el cuadro nos muestra. Poniendo los ojos en Jesús vemos que sigue coronado de espinas. Vemos que solo tiene la incipiente barba de esos días que habla de su juventud. Que su postura se duplica en la de la Virgen, con sus manos tan cercanas. Tantas familias quisieran estrechar, acariciar las manos de los seres queridos que se van en silencio y soledad. Es un derrumbamiento lleno de amor.

Jesús y la Virgen no están solos. Está sosteniéndolos la Iglesia, la comunidad que ama. Bajan el cuerpo de Jesús tres hombres. El de más edad es quizá Nicodemo (Juan 3,1-21; 7,50). Sobre la escalera el más joven, que tiene en sus manos dos espeluznantes clavos quitados de las manos de Cristo. El hombre que viste con ropajes ricos es quizá José de Arimatea, quien consiguió que le entregasen el cuerpo de Jesús y lo enterró en un sepulcro nuevo (Mt 27,57-60).

La mujer del lado derecho con las manos entrecruzadas es la Magdalena. Un criado detrás de ella sostiene el tarro que contendría el perfume de nardo auténtico con el que ella ungió los pies de Jesús (Juan 12,3), y que ahora contempla.

A la izquierda, la Virgen se ha caído desvanecida. Su postura repite la del cuerpo muerto de Cristo. El cuadro no es una “piedad” sino una “compasión”. Resbalan las lágrimas por el rostro de la Virgen y una de ellas está a punto de gotear. Es el instante del sufrimiento compasivo. Quien sostiene a la Virgen es san Juan Evangelista, ayudado por una mujer vestida de verde que probablemente sea María Salomé, familia de la Virgen. Otro familiar de la Virgen llora detrás de san Juan y puede ser María la de Cleofás.

Contemplando el cuadro vemos que San Juan y la Magdalena forman como un paréntesis que abraza al grupo central. En su mayoría todos los personajes están a punto de derrumbarse. Pero el afecto los sostiene de pie. Este descendimiento nos evoca otro, el que hizo hasta los infiernos. Todo para que la vida triunfe. Descendimiento de la cruz y hasta los infiernos para decirnos “entra en el gozo de tu Señor”

Este domingo de Ramos la Iglesia nos propone meditar y orar con una lectura serena y repetida de la pasión del Señor, Mateo 26, 14 – 27, 66. Aprovechemos para interiorizar contemplando este extremo del amor que es Cristo crucificado ofreciendo su perdón. Meditemos sobre esta entrega total de Jesús. Procuremos que cada día de esta semana sea un día santo, cuidemos el silencio y mantengamos ardiente el corazón, abiertos los sentimientos que nos humanizan.

Oremos:

***“Jesús, el Cristo, concédenos abandonarnos a ti. Ayúdanos a comprender la profundidad de tu amor. Das tu vida para salvar a cada ser humano. Tú nos invitas a no justificarnos a nosotros mismos, sino a esperarlo todo de ti.” Amén.***